TELÉFONO EN LA MADRUGADA

Mónica Braun

Mónica Braun

Cuando un teléfono suena en la madrugada es para arrancarte de un terror etéreo y depositarte en otro del que no hay escapatoria. Nada bueno anuncia su estridente llamado que interrumpe así el curso de tu sueño, su premura de estrépito sin horas.

Desde mi casa que es una habitación que es un claustro en donde me persigo, oigo sonar el teléfono en algunas madrugadas y desde el sueño, alerta, temo escuchar mi nombre o un llamado a mi ventana.

Porque las desgracias prefieren los martes por la noche, días destinados a la normalidad, días en que nada malo debiera sucedernos.

Sonará el teléfono en la madrugada y la sangre toda quedará suspensa hasta que vuelva el sueño o él venga y te diga con voz que no vas a olvidar lo que ya sabes: "Vístete. Tu padre ha muerto".

ÚLTIMO REGALO

Lydia Hernández

Lydia Hernández

La luz del quinqué iluminaba la choza, tenuemente se veían nuestras siluetas. Hacía mucho frío y mi mujer se sentía inquieta porque iba a dar a luz. Fue uno de mis "últimos disparos efectivos" porque ella ya estaba vieja.

–Ve por la partera, que ya no aguanto más –dijo–; en tanto veía cómo comenzaba a gesticular producto del dolor. Salí disparado a buscar a doña Chona, la única partera del pueblo.

Después de tres horas de camino de ida y vuelta, la traje conmigo. Cuando entramos en la choza, encontramos a mi mujer bañada en sangre. Con sus ojos trabados, la partera se dijo a sí misma: "que Dios la tenga en su santa gloria". Me quité el sombrero y mis lágrimas empezaron a humedecer mis mejillas arrugadas. Me quedé quieto observando todo lo que doña Chona hacía: limpiaba delicadamente con unos trapos a una criatura que chillaba como desesperada. “Prepara un té para darle a la niña”. En ese momento reaccioné: era una niña y yo esperaba un hombrecito. Me quedé como paralizado, helado, sin habla. Es una niña, me repetía mientras me encaminaba como autómata en busca de doña Refugio para que nos ayudara a rezarle un rosario a la difunta.